JOSÉ MONTERO

SOLEDAD

PASO DE COMEDIA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

SOLEDAD

SOLEDAD

PASO DE COMEDIA

ORIGINAL DE

JOSÉ MONTERO

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de Santander, el 27 de Febrero de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1908

A Enriqueta Palma,

gentil artista, que acogió con entusiasmo esta obrita, su admirador y amigo,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	Enriqueta Palma.
ROSARIO	Mercedes Sampedro.
DON JUAN	Luis Reig.

La escena en una capital cualquiera



ACTO UNICO

Gabinete elegante en casa de Mercedes. Es la caída de la tarde

ESCENA PRIMERA

MERCEDES está leyendo un libro junto á un balcón. Unos momentos de silencio. Luego entra Rosario, joven vestida con discreta elegancia, alegre, vivaracha. Mercedes está en traje de casa, elegantemente ataviada

ROS. ¡Mercedes! ¿Cómo estás?

MER. Hola, Rosario. (Se besan.)

ROS. Dirás que no son horas de visita.
(Cuando convenga al diálogo se sientan las dos.)

MER. Tú siempre vienes bien.

ROS. Ando tan atareada... ¿Y tu marido?

MER. Sin novedad. ¿Vienes de compras?

ROS. De compras, sí. Que soperas, que platos, que pucheros .. Una barbaridad de dinero por el capricho de tener marido.

MER. ¿Luego, te casas?

ROS Me caso, Merceditas, me caso. ¿Para qué, si no, tanta loza?

MER. Tú siempre igual.

ROS. Vengo á convidarte á la boda. Cuando me acordé de tí, dije: «Voy á ver á Mercedes; ella me dará una lección de matrimonio.»

MER. ¿Lecciones yo?

Ros. Claro que sí. Tú tienes un Don Juan; estás en pleno drama caballeresco y fantástico.

Mer. Eso tú bien lo entiendes.

Ros. Lo fantástico nada más; me falta lo otro, lo caballeresco.

Mer. ¿Sabes la escena del sofá?

Ros. Estoy en ella.

Mer. Después de la escena del sofá... la apoteosis.

Ros. La apoteosis me la sé de memoria. (Ríen las dos. Pausa breve.) Te he interrumpido en la lectura. ¿Será el eterno libro de que eres tan devota?

Mer. ¿Cuál ha de ser, si no? En estos versos de Campoamor, nuestro poeta, hay muchas cosas que convienen á la perfecta casada.

Ros. Y á la soltera perfecta, Merceditas. Sabía mucho de nosotras el poeta viejo de las patillas.

Mer. (Recita.) «Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal...» Mucho sabía... ¡Por viejo y por poeta! (Pausa.) ¿Conque has encontrado tu seguro de vida?

Ros. Una modesta póliza nada más: jornal diario cuando se trabaja. Ya me conoces: yo soy lo que las gentes llaman una romántica, un alma sentimental. ¡Aun creo en el matrimonio por amor!

Mer. ¡En el nido colgado en lo alto de una bohardilla!

Ros. Eso es. ¿Verdad que es cursi? Hija, la vida tiene también su poco de novela.

Mer. (Con tristeza.) ¡Qué tristes desenlaces suelen verse!

Ros. No hay que hacer caso. Yo no me pinto la vida tal cual es; la pinto más bella, iluminándola con cierta luz que la presta hechizo. ¡Resulta tan bonita!

Mer. Tú siempre alegre y soñadora, resignada y feliz con tu dorada medianía.

Ros. Pertenezco á la clase activa de las optimistas voluntarias. Y á tí, ¿cómo te va?

Mer. (Con indiferencia.) Bien.

Ros. Tienes todo un aspecto de burguesa.

Mer. ¿Por qué?

ROS. ¡Qué sé yo! Por tu aire de casada, por el hablar, por el vestir... No sé... Ello es que de mi amiga de otro tiempo á la señora de don Juan, hay un abismo.

MER. (Con pena.) ¡Puede que sí!

ROS. No te confieses; acuérdate de la santidad del matrimonio.

MER. Ya sabes que para tí no he tenido nunca secretos.

ROS. (Con intención.) Para asuntos de confesión, nadie mejor que las amigas.

MER. Tú no eres amiga de esa clase.

ROS. No, si después de todo, yo sirvo para padre espiritual; porque me visto por la cabeza.

MER. ¡Locuela!

ROS. ¿De modo, que te sienta bien tu papel de casada?

MER. ¿Lo dudas tú?

ROS. No, yo no lo dudo. Se me ocurre pensar que en el matrimonio se equivocan á veces los papeles por deficiencias del reparto.

MER. ¡Tú has tomado el matrimonio por una comedia!

ROS. ¡Se parecen mucho! Casi todas las comedias acaban en boda. Y se parecen en más. Hay maridos de gran tramoya; se encargan de hacer los mutis á tiempo. Algunos son una maravilla en los papeles de barba.

MER. ¡Ja! ¡ja! ¡Maridos con toda la barba!

ROS. ¡Justo! ¿Y las mujeres? Las hay que hacen muy bien los apartes.

MER. (Reconviniéndola cariñosamente.) Pero Rosario...

ROS. ¿Has observado que las madres son unas excelentes características?

MER. Eres mordaz...

ROS. No lo creas. Soy lo que te he dicho: una romántica, un alma sentimental. Por eso no he buscado para casarme un actor de carácter.

MER. ¡Rosario!

ROS ¿Te das por aludida? (Cariñosa.)

MER. (Con tristeza.) No.

ROS. He preferido un galán joven que me haga el amor. Yo no sabría vivir con un hombre grave. ¡Me daría miedo!

MER. Miedo... ¿De qué?

ROS. Miedo... de mí misma.

MER. Tu cabecita loca te hace ir muy lejos. ¡Cómo vuelas!

ROS Por eso no me gustan los hombres de peso, porque no pueden seguirla á una cuando se echa á volar. Para los hombres graves, el amor resulta un absurdo. ¡Son hombres de su tiempo; no del tiempo de la mujer!

MER. El amor es de todos los tiempos, Rosarito. No envejece jamás.

ROS Pero echa canas. Y el amor con canas debe de ser muy frío. Yo creí que tú eras maestra de estas cosas. Al lado de don Juan...

MER. El amor de don Juan tiene ya canas.

ROS. (Disculpándose.) Hija, perdona... No lo digo por él.

MER. No, si no es eso, Rosario.

ROS Es hablar por hablar. (Riéndose.) La murmuración, las pequeñas infamias... No hay nada tan aborrecible como dos mujeres juntas.

MER. (Suspirando.) ¡Ah, los hombres serios!

ROS Los hombres serios sólo hacen el amor... por hacer números. (Imita las señas con los dedos.)

MER. Por ahí se empieza... y por ahí se acaba.

ROS. Odio las matemáticas, aborrezco el cálculo. Cuando yo piense en hacer números, será que he perdido la fe de luchar, que me he hecho cobarde y he cogido miedo á la vida. Déjame así, novelera y alegre, soñando con casarme, echando mi cariño á la lotería del matrimonio.

MER. Tienes razón. El matrimonio es una lotería...

ROS Por eso es más fácil que con cariño toque el premio gordo. Pan, amor, alegría del cuerpo y del espíritu...

MER. Mira hacia atrás, Rosario. ¿Te acuerdas de Consuelo? ¿Te acuerdas de Matilde? ¡Pobres amigas! Las dos se casaron queriendo á sus maridos á rabiar... ¿Y ahora? ¡Oh, qué tristeza la de los hogares sin pan y sin calor!

ROS Pero tienen hijos... ¿Cómo entiendes tú eso?

MER. No, no, Rosario. Su cariño les ha condenado á pena perpetua.

ROS. Que no es cadena perpetua, fíjate bien.

MER. ¡Qué más da!

ROS. Pues mira: yo me caso. ¿Que somos pobres? Echo mano á mi caudal novelesco y hago de mi boardilla un palacio. Aquí un tapiz, allí un espejo, más allá una alfombra... ¡Ya está! ¿Que mi marido resulta un bruto? Le domo. Con cuentos de hadas se entretiene á los niños; con historias de amor se reduce á los hombres.

MER. ¡Soñemos, alma, soñemos!

ROS. Eso; soñar sobre la almohada del cariño.

MER. Eres feliz. Todo lo ves de color de rosa.

ROS. Cuestión de óptica. Miras al sol con cristales ahumados, y no te ciega; miras á la vida con el amor, y no te abruma. Amor, Mercedes, amor.. (Con resolución.) Vaya, me voy... Quedas invitada á mi boda; ya lo sabes.

MER. Adiós. (Con tristeza.) Que seas muy feliz; que os querais mucho. (Se abrazan.)

ROS. Adiós, Mercedes.

MER. Al hacer tu ventura, acuérdate de mí que fuí casi dichosa sólo un día: el de mi boda. (Llora.)

ROS. ¿Por qué lloras, mujer?

MER. (Alegre.) Tienes razón. Te mandaré un recuerdo.

ROS. Que no sea el eterno imperdible de señora, ¿eh?

MER. No; resulta cursi. Además, que se pierde también.

ROS. ¿El imperdible ó la señora?

MER. ¡Ja! ¡ja! Las dos suelen perderse.

ROS. Adiós.

MER. Adiós.

ESCENA II

MERCEDES

Otra que realiza su sueño... Igual que yo... No; igual no... Yo tengo todo lo que ella

aborrece, todo eso de que habla para reirse como una loca. Recuerdo sus palabras.. Pan... Amor... Alegría del cuerpo y del espíritu... Y yo, ¿no amo, Dios mío? ¡Ah, no acierto á ahondar en este abismo de mi alma! ¿Qué es este frío que me entristece, que me hace alguna vez tener miedo de estar sola? Amor... Amor...

ESCENA III

MERCEDES. DON JUAN, que entra por una de las puertas laterales. Don Juan es un señor serio, formal, de orden, de más de cuarenta años de edad, metalizado hasta las cachas. Pensando en sus negocios, se sienta en una butaca, junto á una mesa donde hay cartas y periódicos, y empieza á examinar los papeles. Unos momentos de silencio. Mercedes interroga á don Juan con naturalidad, pero demostrando cierto interés revelador del estado de alma en que la han dejado las palabras de Rosario

MER. ¿Has recibido carta? ¿De quién? ¿De algún pariente?

JUAN No; los parientes no escriben tan extenso ni dicen cosas de tanto interés. Es de mi corresponsal en Madrid.

MER. ¡Ah! (Un momento de silencio.) Por la letra parecía una carta femenina.

JUAN Nunca he recibido cartas de mujeres.

MER. Es raro. Eres, quizás, el único que no ha tenido en su vida una epístola galante.

JUAN ¿Es que las mujeres escribís mucho?

MER. Por lo mismo que no sabemos escribir.

JUAN (Lee para sí.) «El alza sufrida por los cambios con motivo de las últimas noticias de política internacional...» (A Mercedes.) Oye, ¿tú sabes qué es política internacional?

MER. No es de mi negociado. Aunque dicen por ahí que las mujeres gobiernan el mundo.

JUAN Así anda él...

MER. ¿Por qué te apasionas tanto por los negocios?

JUAN ¡Qué cosas tienes!

MER. Siempre en carrera de escape hacia el dinero.

JUAN ¡Qué sabéis vosotras! Estas cosas no son para mujeres.

MER. Tienes razón. Oye, ¿quieres salir conmigo? Daremos un paseo.

JUAN Tengo que hacer. Veo un negocio en perspectiva.

MER. Una hora nada más.

JUAN Tengo que hacer.

MER. Siento deseos de salir, de alegrarme en la calle, de charlar...

JUAN Que te acompañe alguna amiga.

MER. (Disgustada.) Eso es... Alguna amiga... ¿Cuántas veces hemos salido juntos desde que nos casamos?

JUAN No sé; creo que una.

MER. Justo... Cuando fuimos á la iglesia.

JUAN ¿Por qué lo dices?

MER. Por nada. Se me figura que son muy pocas veces en un año. Parece que ha sido el nuestro un casamiento á respetuosa distancia, una boda por poderes en la que tú fuiste novio y representante á la vez.

JUAN No es cosa que la gente nos tome por los hermanos siameses del matrimonio.

MER. Todas las mujeres son felices cuando llevan el marido á su lado.

JUAN Tonterías... Por lo visto, para vosotras las mujeres, el marido es una cosa que hay que exhibir, como se exhibe un traje, ó una especie de señora de compañía con pantalones.

MER. Muchas veces es necesario.

JUAN Entre marido y mujer debe haber cierta consideración, cierto respeto.

MER. ¡Qué cosas más absurdas para dos que se quieren! Yo concibo mejor un matrimonio mirándose muy cerca, junto al mar, bajo el sol, entre los niños... Así debe de quererse muy bien, adquirirá la vida un aspecto desconocido para nosotros, y nada, nada en este mundo llegará á ser más fuerte que el amor.

JUAN (Con tono despectivo.) El mar... ¿Qué tiene el mar? Agua, mucha agua... El sol... es siempre igual; sale, alumbra, se oculta... Los niños... Son sucios, revoltosos, llorones... No saben más que hacer castillos de arena.

MER. Juegan á lo que hacen los hombres.

JUAN No salgo, no...

MER. (Con más disgusto.) Me entristece tu manera de ser... No sé qué tengo.

JUAN ¿No eres feliz? ¿No estás alegre?

MER. No me basta mi propia alegría. Pienso que por encima de mi casa hay otras casas, que pasan ante mí muchas gentes que me insultan con una alegría más intensa, una alegría de la boca, de los ojos, del espíritu, que yo no tengo.

JUAN A gusto te casaste, ¿no es así?

MER. Así es. Y ahora soy una condenada del amor que pasó, una prisionera del matrimonio que conquisté curiosa de su yugo. ¡Cuántas almas irán al infierno por la curiosidad del pecado!

JUAN ¡Del amor que pasó! No me explico esas cosas del amor de que hablas. Antes no eras así.

MER. Antes había una ilusión en mi alma. Lo desconocido me subyugaba y me atraía porque fiaba un poco en los amores tardíos. Fué el matrimonio para mí lo que el juego ó el azar para los hombres.

JUAN ¡Qué cosas más extrañas! No te entiendo...

MER. Pensaba que el amor llamaría á estas puertas de nuestro hogar, y no ha llamado. Ha pasado de largo, dejándome en el alma la última chispa de la ilusión que se apaga. ¡El olvido se acerca! (Con infinita tristeza.)

JUAN ¿Por qué no has de tener ilusión? ¡Si yo te quiero! (Fríamente.)

MER. (Con desconfianza.) ¡Me quieres! Ya lo sé... ¿No ves que soy tu esposa? (Añorando.) ¡Aquella ilusión mía!

JUAN No mires hacia atrás...

MER. ¡Qué sabe una del pasado que vuelve!

JUAN Las mujeres sentís con mucha fuerza el or-

gullo del matrimonio. Os gusta pregonarlo por la calle, sólo por el capricho de que la gente se entere. Llegáis á pesar como un pecado.

MER (Queriendo darle celos.) ¿Qué piensas tú de las mujeres que pecan?

JUAN (Casi con desprecio.) ¡Bah! Yo las perdono... ¡Pobrecillas!

MER. (Retirándose con tristeza infinita.) ¡El amor no perdona! (Mercedes vuelve á coger el libro y se pone á leer. Don Juan sigue también leyendo.)

JUAN ¿Vas á leer?

MER. Á refugiarme en este libro. Quien escribió estas rimas sabía mucho de las tristezas y alegrías de las pobres mujeres. (Pausa.) ¿Quieres que lea alto, para que escuches sus ternezas? (Con cariño.)

JUAN ¿Para qué? Los versos son muy cursis.

MER. (Casi con indignación.) ¡No te concibo junto al mar, contemplando una puesta de sol!

(Mercedes lee para sí, en voz baja. Don Juan también lee un periódico.)

(Lee.)

«Sin el amor que encanta
la soledad del ermitaño espanta;
pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.»

(Mercedes se levanta rápidamente, con horror á la soledad de que habla el poeta. Se acerca á don Juan cuando el diálogo lo indique y le habla en tono que la actriz sabrá cuál ha de ser atendiendo á la situación.)

Amor... Soledad... ¡Dios mío! (Va hacia don Juan.) Juan, haz lo que yo; deja la lectura. ¿No te gusta más hablar que leer? Mira... Esta (Ha ido pasando la tarde y la escena, gradualmente, se envuelve en penumbras.) es la hora del misterio... ¿No sientes la tentación de hablar bajo, de acercarte á mí, de buscar mis caricias de esposa que te quiere? Parece que se siente el miedo de estar solo... ¿Te gusta el crepúsculo?

JUAN (Se va quedando dormido plácidamente entre las tenues sombras del atardecer.) ¡Phs!...

MER. Escucha... El día se va... Los secretos y las confidencias vuelven... Hay una voz que habla á lo lejos llamando á los que aman... La voz viene hasta aquí, parece que se posa en nosotros, como un pájaro que vuela medrosamente... Es algo misterioso que suena á música, débil como un suspiro, quedo, muy quedo... ¡Qué mansa huye la luz en la serenidad de la tarde! Mira qué azul el cielo... Qué callada la tierra... Sólo se oye un rumor como de plumas que se agitan... Acaso son dos pájaros que se arrullan... ¿No oyes? Parece que ha sonado en la calle un rumor de besos. ¿Quieres que interroguemos al Amor?

(Don Juan se ha dormido; deja caer el periódico de las manos. Mercedes, de rodillas, llora desconsolada á los pies de don Juan.)

¡Sola, Dios mío, sola! (Telón lento.)

FIN

Santander, Febrero 1908.

Obras del mismo autor

El primer vuelo, comedia en un acto.

Precio: UNA peseta